ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

¡ESTABA ESCRITO!

MONÓLOGO EN PROSA

ORIGINAL DE

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

Estrenado en el beneficio de la primera actriz D.ª Matilde Rodríguez
el 27 de Agosto de 1895.

Segunda edición.

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
á cargo de J. Antonio Herrero,
Platería de Martínez, núm. 1.

1896

¡ESTABA ESCRITO!

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

¡ESTABA ESCRITO!

MONÓLOGO EN PROSA

ORIGINAL DE

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

Estrenado en el beneficio de la primera actriz D.ª Matilde Rodríguez el 27 de Agosto de 1895.

Segunda edición.

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
á cargo de J. Antonio Herrero,
Platería de Martínez, núm. 1.

1896

Á LA DISTINGUIDA ACTRIZ

Matilde Rodríguez

Tributo de admiración y cariño de su leal amigo

E. R.-Solis.

PERSONAJES

PEPITA............................. D.ª MATILDE RODRÍGUEZ.
MARÍA (doncella)

La acción en Madrid.
Época actual.
Entiéndase por derecha é izquierda la de la actriz.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El autor entiende que una serie de notas sería inútil, y deja al talento de la actriz que represente el monólogo marcar los diversos tipos, y dar á las frases todo el relieve y la intención necesaria.

ACTO ÚNICO

Gabinete ricamente amueblado; butacas, cortinajes, adornos, etc., etc.; ventana ó balcón á la derecha; puerta al foro.

ESCENA ÚNICA

Aparece la escena sola; óyese dentro un fuerte campanillazo; luego otro, y á seguida otro; después de una pequeña pausa sale PEPITA apresuradamente por el foro, en traje de viaje y seguida de *una doncella* que se retira.

PEPITA. ¡Pronto... María... cierre usted; yo creo que nos sigue! (Se asoma tras los visillos del balcón.)

¡No... es el miedo!... ¡Jesús qué hombre!... ¡Dios mío... si... no me engaño... es él!... ¡No... no!... Tranquilicémonos... Pero, señor... ¡Qué viaje!... (Se deja caer en una butaca.)

Yo quise divertirme; pero, á la verdad, que lo he conseguido... ¡Qué de peripecias!... ¡Señor!... Necesito recordarlas para creerlas. Comenzaré, pues, mi cuento, mi novela... ó, por mejor decir, mi historia... una historia de tres meses; y ofrezco contar á ustedes la verdad... toda la verdad. Al encontrarme viuda, desde hace poco más de un año, de un hombre inmensamente rico, pero inmensamente viejo, que me fué impuesto

por mi familia, y á quien más que de esposa serví de hermana de la Caridad, ó de enfermera, sin haber podido gozar un solo día de mi riqueza, porque yo también era rica; de mi juventud, porque yo era tan joven como él era viejo; y de mi hermosura, porque creo, sin exagerar, que como linda .. ¡Digo!... (Se levanta y se mira en el espejo.) !Me parece! como decimos las madrileñas...

El hecho es que quise disfrutar de todos los bienes que debo á la fortuna y á la naturaleza. ¡El verano: esa hermosa estación tan llena de encantos, se acercaba! Viuda, libre, dueña de mis acciones, resolví irme á una playa. Primera dificultad. ¿Cuál elijo? ¿San Sebastián? es una playa muy aristocrática... ¿Fuenterrabía? es muy solitaria... ¿Biarritz? es extranjera, y yo, ante todo y sobre todo, soy española .. ¿Bilbao? es muy expuesta... ¿Vigo?... ¡Jesús! de allí era mi marido!... ¿Santander? ésta sí que me conviene... he oído contar maravillas del Sardinero... Me decidí por Santander... ¡Buena me esperaba en la antigua Cantabria!... ¡Y todo por culpa de un... No; seamos veraces, aunque sea en nuestra contra... por culpa de varios hombres!... Llego á la estación: el express... ¡va lleno! ¿Reservado? ¡Que si quieres!... Pero... ¿Para qué sirven estos Gobiernos que no hacen cumplir las leyes?

Cansada de discutir con el jefe de estación, con los empleados y hasta con los mozos, entro con María, mi doncella, en un departamento de primera en que iban dos caballeros: unos parientes de un alto empleado de la Compañía. ¡Y qué hombres!... bajo, regordete, colorado como un canónigo el uno; alto como un pino y seco como un espárrago el otro, y ambos legítimos hijos de Cataluña; se les conocía en la fuerza del acento y en la sequedad de las razones. Antes de la primera estación ya me trataban como si toda la vida nos hubiéramos conocido. Yo me asomaba á las ventanillas; pero allí me perseguían, el uno con el humo de su cigarro y el otro con el de su pipa, una pipa... mayor que el Obelisco del Dos de Mayo. Yo quería ponderar la belleza del paisaje... pero, sí... sí... ¡vaya usted con poesías á

unos zopencos semejantes!... Para ellos no había en el mundo más que Monistrol... ni más que su fábrica de hilados... En Madrid todo es pequeño... todo es pobre... todo es malo... ¡Monistrol! ¡Oh!... ¡Aquellos sí que son campos!... ¡Aquellas sí que son montañas!... ¡Aquellos sí que son edificios!... ¿La Equitativa? una cabaña miserable... ¿El Banco? un caserón destartalado... ¿La Bolsa? un almacén de harinas... ¡Y que los tahoneros amasen pan para semejantes hombres!... No digo la hornada de las cuatro de la tarde... ninguna merecen unos entes así. . ¡Ay, qué *burgueses* de mis pecados!

Todo el viaje fumando como unos coraceros y jurando como unos cargadores de muelle. ¡Y dale con Monistrol, y vuelta á la descripción de la dichosa fábrica de tejidos! El uno se empeñó en enseñarme la fábrica, y el otro se encargó de ponderármela... ¡Qué de subir!... ¡Qué de bajar!... ¡Qué ruido de telares y de máquinas!.. La cabeza me daba vueltas como una devanadera. «Señora, esta es la sala de los telares... *mire vosté.*» «Señora, esta es la sala de los rodillos... *vea vosté.*» «Señora, esta es la sala del apresto... *asómbrese vosté.*» «Señora, esta es la sala del blanqueo... *espántese vosté.*» «Señora, esta es la sala de los estampados.» *¡Estampados* os vea yo contra una pared!... Momentos hubo en que me sentí socialista... y hasta anarquista... ¡Jesús me perdone!

Cuando llegamos á Santander yo no era una mujer, yo era una pieza de algodón blanqueada y prensada... Y después... ¡qué modismos!... Véase la clase.—*¿Ten recuerdas*—decía un hermano al otro—*de aquel mochacho pequeñito que iba en un bigotito chico?...* Y luego, qué empeño en que la Virgen de Monserrat es la primera de todas; será para los catalanes, yo no lo niego, pero para mí, madrileña pura, la primera de todas es la Virgen de la Paloma... Y á todo esto, ni una flor... ni una galantería, no porque á mí me gustasen los tales hombres, pero siempre agrada...—Una vez llegada á Santander, tomé una cesta con María, mi doncella, y nos fuimos al Gran Hotel del Sardinero... ¡Confieso que me

quedé, más que sorprendida, encantada de aquel panorama que yo jamás había visto! ¡El mar en toda su grandeza, el cielo espléndido, la vegetación deliciosa, el ambiente puro y embalsamado... ¡Cómo se ensanchaban mis pulmones aspirando aquellas brisas marinas!... ¡Cómo bendije al cielo por verme viuda y libre!... ¡Jesús!... qué blasfemia; el cielo me perdone y mi maridito también... Ansiosa de bullir y gozar no quise comer en mi cuarto y bajé á la mesa redonda. Por fortuna, ni nadie me conocía ni yo conocía á nadie... Las mujeres parecían mirarme de reojo; sin duda les parecí una rival algo temible... Los hombres me miraron de esa manera conque los hombres miran á una mujer hermosa, y que á las mujeres no se nos escapa.

Había, sobre todo, entre los compañeros, un joven tan tímido, que todos le señalaban como el tipo de la inocencia... alto... rubio..... guapo..... pero tan frío... Me propuse ver si yo, cual otro Pigmaleon, animaba aquella estátua... Bajé á la playa con un traje de medio luto... primero por el bien parecer, y luego porque el negro sienta bien, tiene cierto atractivo, reviste un carácter melancólico, atrae las miradas de las mujeres y las simpatías de los hombres. Yo pasaba y repasaba por delante de Arturo... y el muy tonto... nada... Y esto un día, y dos, y tres... y... nada... Entonces comencé mi plan de campaña... Primero me fijé en unos ramos que vendía una florista muy guapa... elogié la belleza de los claveles... la hermosura de las rosas... y... nada... ¡Pero, señor, este hombre es tonto! me dije... Luego dejé caer *tres* veces el abanico á ver si lo recogía... y... ¡nada!... Después le dirigí unas miradas que... ¡Digo, me parece que mis ojos!.... ¡y que mis miradas!... En fin, ustedes dirán... y —nada... Por último, visto que la montaña no venía á Mahoma, decidí que Mahoma fuese á la montaña... Como Hernan-Cortés en Méjico, quemé mis naves... me desmayé... dejando así la mano, que dicen que la tengo bastante bonita, en situación de que me la cogiera... y... ¡¡nada!!... Al ver esto, mejor dicho, al no ver nada, me levanté furiosa y

me dirigí á la fonda, no sin exclamar al pasar por delante de él y con el mayor desprecio: «¡Caballero, es usted un *gomoso!*...» único insulto que por el momento me ocurrió...

Y como si este nombre hubiera sido un talismán, se me presenta un verdadero gomoso, un jovencito, casi un niño, embutido en un cuello muy almidonado y que en la mesa no cesaba de mirarme, y solicita mi amor, sosteniendo que le sobraban títulos para lograrlo...—De veras, ¿eh?...—¡Sí, señora! porque yo soy clubman, sportman, taurófilo, ateneísta, biciclista y campeón de España.—¿Y pelotari?—¡No, señora—me dijo turbado,—pelotari no soy!...—¡Pues es una lástima!... Caballerito, es usted un cajón de sastre, y yo no me merezco un hombre de tantos méritos.

Le vuelvo la espalda y prosigo mi camino, cuando me sale al encuentro, cortándome el paso, un joven, coronel de lanceros, que el día antes había llegado al hotel. El coronel Valiente. ¡Ay! sí... preciso me es, señores, declarar que el tal coronelito es un valiente por partida doble, de apellido y de condición... un verdadero ***valiente*** ..

—¡Pepita! —así con franqueza.—Si usted es viuda, lo es usted de algún ángel del cielo.—¡Se equivoca usted—le dije con acento severo... como que jamás he podido ver á los militares.—Yo soy viuda de un hombre como usted...—¿Como yo?... ¡Cá!—me replicó, echándose á reir y atusándose los bigotes, que los tiene hermosísimos...—¿Qué es eso de cá?—¡Pero, criatura de Dios, si conocí mucho á su difunto, que era un Matusalén!...—¡Caballero, respete usted á los muertos!—Bien, le respetaré, pero convengamos en que la vida de usted á su lado no fué vida, sino un purgatorio... Y á la verdad que con esos ojos de cielo... y esa carita de serafín, no se merecía usted tan duro castigo.—La situación se iba haciendo para mí un tanto difícil, por que Valiente no cesaba de mirarme con unos ojos... y me retiré prudentemente... pero sí: cualquiera huye de un coronel de lanceros del ejército español... En todas partes le en-

contraba: en el paseo, en los conciertos, en la playa... sobre todo en la playa, donde por mañana y tarde me seguía con su mirada brillante y los labios sonrientes, á la entrada y á la salida del baño... ¡Y luego esos trajes de baño tan ligeros que nos impone la moda!.. Pero, Dios mío—me decía yo,—¿es que estos militares no tienen nada que hacer? ¿Y para esto sostenemos un ejército, para que venga á tomar baños y á disparar una lluvia de piropos á las mujeres?...

Y á propósito de baños y de bañistas..... ¡Qué colección de tipos y tipejos se veían en la playa!..... Valiente, el coronel, que es de la piel de Barrabás, me los hacía notar con su ceceo y su descaro...—¡Mire usted, Pepita, mire usted aquella señora que se alza el vestido para enseñar un pie que ella cree pequeño y es mayor que la campana de Toledo!... ¿Pues y aquella jamona, que teme al agua y no teme los requiebros del alférez Taravilla?... mírela usted qué facha... anda... y con la zambullida se le ha torcido la peluca... Vea usted, vea usted aquella jovencita que apenas ha salido del baño y ya viene á pasear por la playa con la melena suelta, que parece á la mismísima Magdalena en el desierto...

—Por Dios, Valiente — le decía yo, — repare usted que todos nos miran...—¿Y qué importa—me contestó,—si al fin hemos de ser matrimonio?...—Y sin más ni más me pide por esposa... pero con un tono tan serio y una voz tan dulce... él, siempre tan bromista, que á pesar de que yo no gusto de militares, y que antes me arrojaría por el Viaducto que casarme con uno... me sentí conmovida... conmovida... sí... ¿Pero quién hace caso de un calavera, de un seductor, con una fama de libertino?... (Transición.) Lo sé; porque en la mesa, varias compañeras, cuando le vieron que á mí sola dedicaba sus obsequios... me contaron... sólo por interés hacia mí... ¡Qué señoras tan buenas y tan caritativas!... Tales historias... una cantante... una vizcondesa... la mujer de un banquero... una artista de Price... ¡La... mar! ¡la mar de mujeres!... Ya se vé... joven... bravo, gallardo...

Y aquí llegamos á la más triste de las confidencias... confidencia que no haría si no hubiera prometido decir á ustedes toda la verdad. Una tarde, había yo ido de compras á la ciudad. Mirando telas aquí y allá se me hizo de noche; corro en busca del tranvía, sin saber... ¡pobre de mí!... que el tranvía del Sardinero deja de funcionar cuando le da la gana. Busco un coche, y todos se hallaban en una romería... De Santander al Sardinero hay una distancia más que regular. ¿Qué hacer? Ignoraba qué partido tomar, cuando me veo á mi buen coronel Valiente que, sentadito tranquilamente en una cesta, me miraba y se reía. Todo lo comprendí, como dicen en las comedias. Me había seguido el muy tunante... Le miro también; se baja del coche y me lo ofrece con la mayor galantería, pero con una condición... ¿Condiciones á una señora?... En aquel apuro accedo á todo... y me propone... ¡Cuando digo que le cuadra muy bien el apellido de Valiente!... Me propone que, puesto que ha pasado la hora de la comida del hotel, le haga el honor de aceptar una comida en el hotel de la Francisca. Acepto. ¿Qué otra cosa podía hacer? Subimos y nos instalamos en un elegante gabinete con vistas á la bahía.

La comida fué delicada, espléndida, el *menú* exquisito, los vinos superiores... ¡Qué comida!... De fijo todo había sido preparado por el tunante de Valiente. ¡La luna rielaba sobre las aguas; el cielo ostentaba un azul purísimo, parecía una gasa transparente; las estrellas alumbraban como faros inmensos!... ¡Dios me perdone, pero creo que la falta de coches... la no salida del tren y hasta la salida de la luna, todo fué obra suya!... En fin, mi coronel... es decir, el señor coronel Valiente, por no desmentir su apellido, al primer plato ya me había cogido la mano; al segundo ya me la había besado... y al tercero... Tuve necesidad de revestirme de toda mi serenidad... pero sí, sí, ¡vaya usted con seriedad á estos militares españoles que, como dijo el poeta, son valientes *porque sí*. Para terminar, al llegar á los postres, con la copa de Champagne en la mano y la

rodilla en tierra, pidió de nuevo mi mano, jurando por la cruz de su espada que allí mismo se quitaba la vida si yo no accedía á su humilde ruego... Yo... le dije que sí... Por un lado el Champagne, por otro el miedo de que allí mismo se matara... y por otro... (lo diré aquí en secreto) que el coronel es lo que se llama un real mozo... Él, lleno de alegría, empezó á besar la orla de mi vestido, el abanico que llevaba . parecía loco de alegría. No pude menos de exclamar: «¡Valiente, es usted un torbellino!» Tomamos el coche y al Sardinero.

Al otro día reflexioné, y me dije que había hecho muy mal en comprometer así mi libertad... Y cuando apenas llevo un año de viuda... Que el coronel no llevaba espada cuando hizo el juramento de matarse... Y sin decir nada, y sin despedirme de nadie, aprovechando la ocasión de que Valiente se marchó de caza con unos amigos, tomé el correo y á casita... ¡Me imagino la cara que habrá puesto al mirarse chasqueado!... pero que sufra y que pene... Y á la verdad que lo siento, porque como guapo, es guapo... ¡Pero cambiar yo tan pronto mi poético traje de viudita joven por el de casada... jamás! Bien hecho está lo hecho. Justo es que Valiente pague sus pasadas travesuras... No, no, lo juro... Es guapo, me gustaba; ¿pero casarme con él? Nunca. (Óyese un fuerte campanillazo.) ¡Ay, Dios mío! ¿Quién será? ¡María! ¡María!... ¿Quién es?

MARÍA. (Apareciendo y anunciando.) El señor coronel Valiente.

PEPITA. ¿Valiente?... ¡Imposible!... ¿Ha venido por el aire?

MARÍA. (Sonriendo.) Por el aire, no; por el tren express.

PEPITA. Pues, señor *¡estaba escrito!* como dicen los árabes... ¡Seré coronela!... ¡Coronela yo, que jamás he gustado de militares!...

Fin.